

El Beato Santiago Gapp, S.M., testigo de la verdad

Homilía del Obispo de Innsbruck, Manfred Scheuer

Wattens, 13 de Agosto del 2005

Exordio

El P. Gapp declaró así en el interrogatorio que la Gestapo le hizo en Berlín el 21 de enero de 1943: “En respuesta a la acusación que se me hace, manifiesto que el 11.12.1938, en una homilía en la parroquia de Wattens, también tomé postura sobre temas ideológicos. Entre otras cosas, con respecto a la crítica de derroche de dinero que públicamente se le hacía al Papa¹, yo afirmé que la Casa del Partido en Munich tampoco era precisamente una choza. Refiriéndome a la obra de Rosenberg “*El Mito del Siglo XX*”, dije que había católicos tontos que leían ese libro plagado de engaños y mentiras. A éstos les recomendaba que en lugar de ese libro compraran libros de doctrina católica. Esta homilía causó tal conmoción entre la población fiel al Estado, como yo mismo pude comprobar, que un sacerdote compañero de Wattens me aconsejó salir de viaje una temporada hasta que se calmaran los ánimos”.

En efecto, el 11 de diciembre de 1938, Jakob Gapp pronunció un sermón aquí en Wattens. El había nacido aquí el 26 de julio de 1887 como séptimo hijo de una familia trabajadora. Y en esta misma Iglesia de San Lorenzo, su iglesia bautismal y donde había celebrado su primera misa, dijo una valiente homilía contra el nacionalsocialismo. Esto le puso en el punto de mira de la Gestapo. Condenado a muerte por un tribunal popular por alta traición, fue decapitado el 13 de agosto de 1943 en Plötzensee. El 24 de noviembre de 1996 fue beatificado en Roma por el Papa Juan Pablo II.

Hoy nos reúne aquí el beato Jakob Gapp. Es muy significativo estar reunidos en la Iglesia donde fue bautizado, donde celebró su primera misa, y donde pronunció esa homilía tan crítica y provocadora. Algunos de ustedes conocieron a Jakob Gapp. Otros han oído hablar de él a sus padres y abuelos. El era oriundo de Wattens. El inicio de su martirio se puede situar aquí, por esta manifestación pública ante sus parientes y paisanos. Ahora, Jakob Gapp forma parte de la historia de Wattens, y también de la historia humana, de las relaciones sociales, de la historia de la fe. Se ha desarrollado, en torno a él, una cultura de recuerdo y de veneración. Por eso, con toda razón, los ciudadanos de Wattens pueden estar orgullosos de Jakob Gapp.

Y sobre todo, Jakob Gapp está en la memoria de los marianistas. En 1920 entró en la Compañía de María. Hoy se encuentran entre nosotros marianistas procedentes de Austria, en especial de Greisinghof, de Bélgica, de Suiza y de Alsacia. En 1997 se bendijo en Greisinghof el impresionante monumento de Herbert Friedl. Por iniciativa del KAB² se ha creado aquí en la Diócesis de Innsbruck el premio

“Jakob Gapp”. Hay reliquias del beato en la capilla de la Casa de Encuentro en Innsbruck.

Pero nuestro Beato no siempre fue venerado de este modo. Jakob Gapp no fue inicialmente aceptado. ¿No era él también un ser normal con sus virtudes y sus defectos, sus miedos, sus facetas humanas? También sus cohermanos de religión se han preguntado a veces: ¿Por qué Jakob ha de ser santo? ¿Era él mejor que nosotros? ¿No hemos tratado también nosotros de vivir el Evangelio? ¿O hemos vivido peor nuestra fe? En efecto, no sólo existe la veneración de los santos, sino también una cierta oposición interna, en especial cuando el santo nos es muy cercano. Al convivir con un santo, no lo ponemos de entrada en un pedestal. Los motivos de este distanciamiento interno son diversos. Algunos no soportan que existan personas diferentes, mejores, con una fe más intensa. Quieren rebajar al otro a su propio nivel mediocre o bajo. Otros no soportan la presión creada por personas y mártires como Jakob Gapp.

El encuentro, pues, con personajes proféticos como Jakob Gapp no puede contar de antemano con una apertura benévola o con una objetividad que prescindiera de nuestras propias ideas. Los coetáneos en tiempos del nazismo, pero también los actuales, dejan aflorar sus resentimientos, sus amarguras, sus ideologías y su incapacidad de aprendizaje. No se soporta que otro como Jakob Gapp haya reconocido con mayor claridad la barbarie y le haya hecho frente. Al haber estado obcecados, no admiten que otro haya podido ver más claro. La obcecación o la estupidez propia se convierte en el criterio absoluto.

El testimonio de la verdad

Decía S. Agustín: “¿No son los mártires testigos de Cristo, para dar testimonio de la verdad?”³. Lo mismo afirmó el P. Gapp: “Yo sólo quería decir la verdad. Para mí, por encima de cualquier patria está mi fe católica”. Esta era la defensa de Jakob Gapp, cuando durante el interrogatorio del 25.1.1943 en la Jefatura de Seguridad del Reich en Berlín se le echó en cara la homilía del Domingo de Resurrección en Burdeos. “Yo me dije que era mi deber como sacerdote de la Iglesia católica predicar la verdad...y combatir el error”. “Aunque me cierren el camino de vuelta a la patria, no dejaré de ser testigo de la Verdad”. Eso declaró Jakob Gapp durante el interrogatorio del 27.1.1943, después de haber constatado la incompatibilidad del Cristianismo con el nacionalsocialismo. Y Carlos L. Neuhaus⁴, el encargado del interrogatorio nacionalsocialista de Berlín, declaraba en el proceso de Beatificación: “Jakob Gapp sólo tomaba en consideración la verdad, según establece la doctrina católica”.

Jakob Gapp: un testigo, un mártir de la Verdad. Esto era dramático durante los sucesos en tiempos de los nazis. Pero hoy todo esto nos parece extraño. Actualmente son más bien el fundamentalismo o el relativismo los que rigen los principios de la opinión pública. El fundamentalismo, que seguramente no es un

término positivo, se caracteriza justamente por la búsqueda de verdades unívocas a partir de una inmadura necesidad de seguridad. La verdad, vista así, es un instrumento de terror, de intolerancia, de ideología. Por su parte, el relativismo imperante prescinde de la ética de la verdad (Ethos). El “sí” o el “no” se convierten en un cuestión de gusto y de humor, la verdad o la mentira en una cuestión de una estrategia, el amor y el odio en una cuestión de hormonas, la vida y la muerte en una cuestión de mayor capacidad de imponerse, la guerra y la paz en una cuestión coyuntural.

En nuestras latitudes, el martirio por causa de la Verdad no se nos presenta como una posibilidad o como un peligro. Bajo el signo de un pluralismo postmoderno y en el contexto de una mentalidad liberal, los mártires y los prosélitos en todo caso son caracteres exóticos en el marco de una sociedad que de vez en cuando necesita consternarse por barbaries pasadas, pero sin que esto tenga consecuencias de ningún tipo. “Sois héroes, (pero sólo) en sueños y en la nebulosa de la estética” (Sören Kierkegaard, Entweder/Oder).

En el ámbito de la Iglesia, la situación no cambia mucho. En la falta de claridad general de los tiempos actuales, en el desconcierto acerca del perfil que podría darse al Cristianismo actual, uno podría anhelar un tipo de testigo bien definido. Estos ejemplos los encontramos en su mayoría en continentes lejanos, en Latinoamérica (Oscar Romero), en la India (Madre Teresa) o en el pasado (la persecución cristiana en tiempos de Diocleciano, o en el Tercer Reich). En concreto, en la actualidad, estos testigos son más bien temidos o rechazados. La hermenéutica de la sospecha cuenta con muchas claves: ambición de beneficio, intriga, manía persecutoria, o mística de pasión, masoquismo.

Para la tradición filosófica desde San Agustín, pasando por Santo Tomás de Aquino hasta llegar a Kant, en cuestiones de verdad y en la contraposición de verdad y mentira, no sólo se trata de un perjuicio o una ventaja utilitaria o de la medida de las desventajas externas con las que en su caso, una persona debería contar. Junto a la verdad también está en juego la dignidad, que debemos reconocer en nosotros y en los demás. La mentira se contrapone ante todo a la autoestima que nos debemos a nosotros mismos. La mentira, según Kant, “ hace que nos despreciemos a nosotros mismos y por eso atenta contra la dignidad humana en la propia persona”. En la mentira, el mentiroso se autodegrada “por debajo de la dignidad humana”. La mentira es contraria a la innata dignidad humana.

Tales frases pueden descalificarse como si se tratara de obcecación de fanáticos de la verdad o de la terquedad de filósofos teóricos. Así de hecho se ha hecho. Se puede objetar: no habrá que tomar todo tan al pie de la letra. ¿Y quién no consideraría hoy la vida humana como un bien superior a la verdad, cuyo significado no se conoce bien?

Jakob Gapp quiso ser testigo de la verdad. Odiaba todo tipo de mentira y no quería comprar su vida – como buen defensor tirolés de la libertad - a costa de una mentira. Su testimonio demuestra el poder de diferenciación y de resistencia de la

fe. “En 1935, cuando los nacionalsocialistas se hicieron notar cada vez más en Austria intentando llegar al poder, comencé a interesarme por ese movimiento. Antes de estudiarlo más a fondo, los sucesos de Graz⁵ me inspiraron un gran rechazo. También leí con más atención los artículos de fondo en los periódicos del Reich...Y en especial, al estudiar la obra de Alfred Rosenberg *El mito del Siglo XX*, llegué a la convicción de que el nacionalsocialismo era incompatible con la fe católica”. Eso según Gapp se concreta en la contraposición por parte de los nazis entre la Iglesia como “cristianismo negativo” y las “fuerzas orgánicas” de los pueblos nórdicos definidos por su raza. El mito de los nazis veía en la fe judeocristiana una moral de misericordia blandengue frente a una fe fuerte y heroica en el Dios de la naturaleza, en el Dios de su propio destino, en el Dios de la propia sangre. Gapp se convenció muy pronto de la incompatibilidad del cristianismo y del nacionalsocialismo. Llegó al convencimiento de que el nacionalsocialismo representaba un peligro básico para la religión cristiana y la Iglesia. La contraposición de cristianismo y nacionalsocialismo está a su juicio relacionada con la siguiente cuestión: o el verdadero Dios o un ídolo. Frente a cualquier idolatría de la patria o de la raza él quiere obedecer más a Dios que a los hombres. Para él, los mandamientos de la Iglesia y sus intereses están por encima de la llamada de la sangre, de la pertenencia a un pueblo y una patria. Ello se demuestra en su rechazo de la simbología del saludo nazi o de la cruz gamada. Pero ante todo, se demuestra en el reconocimiento de la dignidad humana y de la solidaridad con aquellos que para la raza superior son seres inferiores. Frente a profesores que enseñaban a los niños en el colegio que había que odiar y matar a los checos y a los judíos, él se declaraba amigo de los judíos y enemigo del Führer. En sus clases Jakob Gapp enseñaba “el amor a todos, sin importar la raza o la religión, y también a los enemigos.”. En la capacidad de diferenciación y decisión de la fe se plantea por lo tanto la alternativa: Dios o el Führer, amor u odio, solidaridad universal o egoísmo nacional, opción por los pobres o ideología del más fuerte. Así ha dado Jakob Gapp testimonio de la resistencia de la fe frente a un sistema bárbaro de desprecio de lo humano y de ateísmo. Pero ello no significaba que fuera un adversario notorio⁶, un enamorado de la crítica, o una persona que huyera de la realidad. Su crítica desde la fe no tenía para él nada que ver con la agresividad o el deseo abstracto de resistencia. Decir “sí” a Dios, tomar la decisión a favor del reino de Dios significa para el creyente también rechazo y resistencia. La decisión a favor de la verdad se demuestra en el valor para decir “no” a los ídolos, a los egoísmos colectivos y al poder destructivo. Eran unos mecanismos concretos del poder, de desprecio de la persona, y de culto a la mentira los que incluían la negación de Dios. En tal situación, Gapp podía aferrarse a la verdad y a la justicia, como perseguido y mártir, sin traicionar ni a Dios ni al hombre. Por consiguiente, su testimonio de la verdad no es abstracto. El no tiene un concepto de la verdad ideológico o reducido. A través de sus estudios en Friburgo (Suiza) conoce la tradición tomista que relaciona la verdad

con la vida y su dignidad (*veritas vitae*), con la doctrina de la fe (*veritas doctrinae*) y con la justicia (*veritas iustitiae*)⁷.

Jakob Gapp hace frente a la tentación de dejar que de manera oportunista la fe se disuelva en una ausencia generalizada de compromiso, en una actitud de dejar pasar las cosas, adaptándose, con “tolerancia” a los intereses, moda y poder reinantes. Él sigue al pie de la letra la fe, el seguimiento de Cristo y el Evangelio. Se opone a la reducción privada de la fe a un grado de mera interioridad y da testimonio de ella en el foro de los adversarios. De esa manera, la fe cristiana no es ajena al mundo. Gapp nos ofrece una personalidad unificada en la tensión. Una personalidad entregada, sufrida, suplicante, luchadora, responsable ante Dios y ante el mundo, hecha de oración y de acción.

Dar razón de la esperanza

“Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os pida explicaciones” (1 Pe 3,15). Al dar cuenta de su esperanza, en la responsabilidad de la fe, en el testimonio de la verdad, Jakob Gapp era el acusado, no el defensor, ni el juez. Sus foros de expresión fueron múltiples: la enseñanza en el colegio, la conversación en el tren, la homilía, el interrogatorio de la Gestapo, el tribunal popular⁸. El dar cuenta de la fe, el testimonio de la esperanza no se dan por adaptación al espíritu de cada época, ni por la adaptación a cualquier tendencia, ni por la adecuación al poder del momento. Quien dice a todo “sí y amén”, pierde su perfil y su capacidad de convicción. Un “sí” sin diferencias también es válido para la muerte, la violencia, la opresión y la mentira. Pero la responsabilidad de la fe, la razón de la esperanza no pueden ser el resultado del establecimiento de unas presuntas seguridades. Ello llevaría a unas muestras equívocas de blanco y negro, amigo y enemigo. Además no se veía claro desde los altos baluartes defensivos que el amor divino se refleja y se muestra en la tierra. El testimonio que dio Jesucristo no estaba asegurado y protegido en todos los flancos. Se veía atacado, expuesto, frágil y vulnerable.

Jesús frente a Pilato, o sea frente al poder terrenal, no dejaba que éste le impusiera sus preguntas (Jn 18, 28 – 19, 16). Los apologistas (los defensores de la fe) de los primeros siglos mostraban públicamente su fe en el foro, ante el poder. Ahí los convirtieron en mártires. La condena a muerte por escrito demuestra que Jakob Gapp dio testimonio de su fe ante el temido presidente del Tribunal Popular, Roland Freisler⁹.

La defensa de la fe, el dar cuenta de la esperanza estaban relacionados en el pasado, y también ahora, con la educación. La oposición de Gapp al nacionalsocialismo se fundaba en la lectura, en el análisis reflexivo de la base ideológica del mito del siglo XX. Seguramente, no se trataba sólo de un juego intelectual, sino también de cuestiones y problemas básicos del momento. Sería fatal si se excluyeran o resultaran tabú sectores de la vida importantes, tales como el sufrimiento, la culpa, la enfermedad, la muerte o el mal en sus variadas

expresiones o disfraces. Jakob Gapp era maestro y educador. Respondía a las preguntas de los niños y adolescentes.

Desde la perspectiva bíblica, el último foro decisivo es la responsabilidad frente a los pobres y atribulados. En el juicio final será decisivo el comportamiento frente a los hambrientos, sedientos, desnudos, los sin techo, presos, enfermos (Mt 25,31-46). Ahí se nos pedirán no meras explicaciones sino hechos concretos: la palabra que establece y convierte la realidad, el consuelo real que permite vivir y también morir bien. En los tiempos de escasa solidaridad, en una fase de mayor frialdad social son precisamente la cercanía humana y la dedicación al otro las que crean esperanza. En el caso de Jakob Gapp, su compromiso social, su amor al pueblo sencillo y su defensa de los derechos del proletariado forman parte de su testimonio de la verdad y de su “dar razón” de su esperanza¹⁰. El compromiso social, el sentido de la justicia, el amor al pueblo llano han crecido aquí en Wattens.

Naturalmente, el dramatismo social de entonces, los interrogatorios y los tribunales, así como los intentos de respuesta no pueden trasladarse irreflexivamente a los problemas actuales. Cada generación tiene nuevamente que formular y contestar a los interrogantes con sensatez y desde la fe.

Memoria y esperanza

¿Qué puede hacer la memoria? Se trata, en nuestro caso, del recuerdo del sufrimiento y de la muerte de una persona muy concreta con rasgos faciales propios, nombre, biografía, virtudes y defectos, búsquedas de sentido, manera específica de vivir la vida y la fe. Cada recuerdo tiene un cierto grado de falta de destreza. La memoria cristiana no ha de interpretarse como una pieza de museo, o una repetición arqueológica. La memoria cristiana no es la nostalgia, que centra en el pasado la esencia de la vida, como si la vida misma hubiera retrocedido 60 o 70 años. Hacer memoria de los testigos no tiene nada que ver con una vuelta a una ideología vencedora o triunfalista, ni con grandes clasificaciones mentales de otros tiempos, ni con la posesión de la verdad. Tampoco se trata de hacer uso del sufrimiento y de la cruz en interés propio, quizá para inmunizarse, para convertirse en un gesto de reproche y acusación a generaciones anteriores. No se trata del periodismo sensacionalista, ni tampoco de un mero gesto de consternación, o algo extraordinario en una vida cotidiana bastante banal. El recuerdo de los testigos tampoco está relacionado con una identificación apresurada con el otro. No se trata de que nos identifiquemos, con toda nuestra sensibilidad, con “los buenos” de la historia. Y esto sin marcha atrás y sin pensar en la propia libertad, alzándonos antes de haber experimentado la Kenosis (abajamiento). Tampoco hacemos memoria auténtica cuando nos mostramos arrogantes frente a “los malos” del pasado, sin afrontar los riesgos del presente. La memoria de personas como Jakob Gapp va unida a la cuestión de un posicionamiento diferenciado en el presente. ¿Qué papel adoptamos –quizá

inconscientemente-: el de víctima, juez, autor, acusado, implicado, culpable, espectador, avergonzado, abogado, fugitivo, etc.?

Por supuesto, hay que alejarse de las soluciones definitivas, de un Dios que represente sólo el poder y la autoridad, de sistemas de acaparamiento, de manipulación o de aniquilación del individuo por la totalidad. Precisamente, el arte nazi era pomposo, engreído y acaparador. Sus obras no ofrecían apenas posibilidad de distanciamiento, no exigían una postura propia ni reflexión sobre la propia libertad. El individuo no valía nada, el colectivo-pueblo era diabólicamente total. El recuerdo cristiano de los testigos hace frente a todas las imágenes del falso poder con el auténtico arte. Esto exige una tarea de rastreo diferenciada, que busca a las personas expuestas y a un Dios que sufre. Queda el desconcierto reverente frente al sufrimiento y al mal. Pero no hay que confundir este desconcierto con la resignación o con la indiferencia, restándole importancia a todos los males históricos. Sería fatal que, por el silencio y el desconcierto, los vencedores del pasado volvieran a triunfar hoy. Sería cínico si bajo el signo de la resignación quienes fueron abatidos permanecieran abatidos para siempre, los olvidados en el olvido, las víctimas vencidas para siempre, los muertos, muertos para siempre. “Prescindir después de Auschwitz de ese Dios ausente en Auschwitz equivaldría a la culminación de la empresa criminal de los nazis que tenía como objetivo la aniquilación de Israel y el silenciamiento del mensaje ético de la Biblia” (Emmanuel Lévinas).

Cuando promovemos la memoria, está viva la consideración del presente, de manera que se rompe cualquier tipo de anquilosamiento en la resignación o cualquier alarde victorioso. La memoria cristiana es un recuerdo en el que se hace presente la fuerza de la esperanza sin prescindir de la realidad, sin embellecer el sufrimiento real y sin traicionar a las personas concretas.

(Traducción de Brigitte Voser y Enrique Torres)

N.B. El texto original de la homilía tenía algunas referencias y bibliografía que hemos suprimido, por no ser de interés a lectores sin conocimiento del alemán. Los traductores hemos añadido algunas notas explicativas para facilitar la comprensión del texto.

¹ En su intento por crear una iglesia nacional alemana fácilmente controlable, el nacionalsocialismo intentó oponerse a la colecta del llamado óbolo de san Pedro, en la que los católicos alemanes colaboraban generosamente con los gastos del Vaticano. Se trataba de desacreditar esta ayuda, afirmando con toda la fuerza de su aparato propagandístico que el Papa vivía con gran lujo en Roma. El P. Gapp, con fina ironía, recuerda aquí la grandiosidad de la arquitectura oficial de los nazis.

² KAB es la sigla de *Katolische Arbeiter Bewegung* (Movimiento Católico de Trabajadores), que forma parte, en cada Diócesis de Austria, de la Acción Católica. Este Movimiento fue de los primeros en pedir que se abriera la causa de Beatificación de Jakob Gapp.

³ Augustinus, *De verbis Domini* (sermo 43).

⁴ Karl Ludwig Neuhaus fue sin duda el testigo más importante en la Causa de Beatificación del P. Gapp. Como Pastor protestante fue encargado por la Gestapo, junto con otro experto, de hacerle un primer interrogatorio. Pero no era miembro de la Gestapo, sino un mero colaborador externo especialista en temas religiosos. Es muy probable que Neuhaus hubiera podido sobreescribir el expediente de Gapp, si éste no hubiera sido tan contundente en su declaración. Así se entiende la frase citada en esta homilía y también la gran admiración de Neuhaus por Gapp.

⁵ El Marianum de Graz fue la primera comunidad de Jakob Gapp, después del Noviciado (1921) y allí desempeñó sus primeras tareas educativas hasta ser destinado al Seminario en 1925. El P. Gapp alude en su declaración al proceso de exaltación del nazismo que se fue viviendo en Graz y en toda la región de Estiria. De hecho esta región fue la más nacionalsocialista de Austria en aquellos tiempos.

⁶ El P. Gapp era un perfecto desconocido en Austria en 1938, cuando se produjo la Anexión a Alemania. Nunca fue un agitador político, ni actuó como miembro de un grupo. Actuó en solitario, movido por su conciencia y en su función de sacerdote católico.

⁷ Sto. Tomás de Aquino, *Expositio in Ps. 11*; *In Job, 15*.

⁸ Nos parece que también habría que añadir a estos foros el de la vida comunitaria marianista en Austria, en Francia y en España. También habría que recordar su diálogo con los Superiores Mayores marianistas, en especial con el P. Jung, Vicario General.

⁹ El hecho de que Jakob Gapp, fuera juzgado por Roland Freisler, conocido como “el juez de la sangre” (*Blutrichter*), es ciertamente notable. Cuando un caso pasaba a este juez, la sentencia normal era la pena de muerte. Fue Roland Freisler el que juzgó a los miembros del grupo la “Rosa Blanca” y a los que atentaron contra Hitler en 1944.

¹⁰ Recordemos que Jakob Gapp, de vuelta de la primera guerra mundial y de su prisión de nueve meses en Italia, pidió ingresar en el noviciado marianista, presentándose como cristiano y como socialista. Su inquietud social le acompañará siempre.